

Tomás Lago

La noche

Del libro «Anillos», próximo a publicarse.



NTONCES yo callaba como un muerto. Era la noche, la noche alta y profunda con su ruedo ultramarino, el calor de mi corazón vehemente y también la angustia, a veces, ante su magnitud. Ahora otra vez es lo mismo, he aquí mi propósito descubierto, oh poetas, y yo canto, cantad, cantemos.

Oh noche, depósito de altas aguas contra las estrellas te apartas. Hoy me toca salir, como en la mayor distancia pienso en el mediodía altísimo, pecíolo de climas contiguos al otro lado del mundo. También a la media noche, cuando son las doce, el reloj da muchas campanadas, se apaga el fósforo de los incendiarios indecisos, está muy alta la victoria nocturna, mece el viento las hojas azules, cayendo van las blancas flores sobre los tallos de luz que arrojan los automóviles metropolitanos.

Canta o enumera la disposición de la noche, es lo mismo para tu ánimo desencantado, una luminaria a la

orilla del mar, siempre es el resto de una empresa sin fortuna, un amor desgraciado tiene esa comparsa de luces en la frente, junto a la Cruz de Rifo, mi corazón lo recuerda y hoy lo dice con triste acento. Entre mis oídos, gira el profundo ruido subterráneo, ascienden los verdes fuegos, hasta la raíz de mis cabellos baja el frío lineal desde la altura donde el profundo azul se agrupa.

Hay coronas en relieve, brillantes, esmeraldas sangrientas y las esferas terminales comienzan su transparencia de cisterna profunda, oh noche, gigante noche, que aumentas siempre ante mi corazón que disminuye. En lo hondo de tu cauce originario, tiemblan desvanecidas unas rosas de fuego y tu círculo flotante atornillado a mis ojos abiertos, deriva a lo largo de su orilla infinita. Es el mismo sonido numeroso, la obscuridad húmeda, la caída universal de la noche. Entonces en mi memoria nace un tiempo anterior, una historia cualquiera desfavorable: yo era el jefe de los expedicioneros perdidos y a esta hora, me degradaban cuando bajo la vía láctea trasversal, entorchado de lágrimas sobre mi pecho, iba huyendo con mis partidarios. Está todo, lo reconozco lo mismo, también el viento frenético allá lejos, apacigua el color del lucero. El fragor de la corriente, la vegetación repartida y los lejanos cantos, mi situación frente al recuerdo. Se dobla el pitazo vertical de los trenes en fuga, es el grito aludido contestándose a sí propio lo que dijo.

Vértigo de las efemérides veloces, a esta hora justamente se cumple el centenario de todo un tiempo transcurrido, es la noche cargada de promesas y angustia,

abundante, ebria de predominio, su leche metálica y la electricidad de sus ojos de insecto alimentan un deseo desmedido. Pero ya ni eso cabe en ella, completa como está y luego yo estoy desanimado. Que el viento próspero trabaje a lo lejos bruñendo las estrellas de regreso, el peligro pestañaba al lado de mi gran sombra yacente, todo está bien, tendidas se inclinan las llamaradas de los roces del Sur y los disparos de las patrullas en los pueblos, quedan temblando como los estambres en la flor.

Yo que quise cantar la noche entera, sólo dije mi sencillo nombre. Ahora sí, dueño de mi atención, niego la existencia de su último fuego perceptible, centinela perdida que inmoló mi voluntad. Allí puse el olvido. Eso es cantar me decía, abrazando su repertorio de estrellas distintas. He aquí mi captura, mi alma cazadora que recupera el porvenir frente a un salto futuro. Siempre hay estrellas brillantes, percha de clavos de oro y luces pasionarias, el que olvidó su promesa hoy la recuerda y entonces un hombre de rostro placentero es quien canta con voz llena, bajo el alto campamento: la noche cuadrículada de azahares, la larga noche austral en la inocencia de sus tesoros descubiertos. Pero más tarde, allá donde termine mi ambición territorial el alba entreabre su ventana y liberta sus palomas afeidas.

Es el día desnudo que dos noches
deben emboscar entre sí.